



Instituto Belgraniano de los Estados Unidos

Los últimos días de Belgrano

Por Martín Francisco Boneo

Su sombra os habla con un silencio elocuente, os reanima
y os recuerda la obligación de defender a vuestra patria...

Ninguno fue más digno de mandaros,
ninguno es más digno de ser llorado...

No olvidéis jamás la memoria de su
heroico valor y de sus virtuosas acciones.

La Gaceta de Buenos Aires, 1º de agosto de 1821.

Demoladores nos sobra; fue arquitecto
de la nueva morada que nos faltó...

Con diez hombres como Belgrano, la democracia argentina aparecería
en su génesis menos envuelta en sombras
de caos y sangre de tragedia.

Ricardo Rojas, *Belgrano*.

«Yo quería a Tucumán como la tierra de mi nacimiento, pero han sido aquí tan ingratos conmigo, que he determinado irme a morir a Buenos Aires, pues mi enfermedad se agrava cada día más». Así le dijo Manuel Belgrano a su fiel amigo José Celedonio Balbín, según recoge éste en sus *Apuntes* sobre el general. El 11 de septiembre de 1819 había entregado al coronel Fernando Francisco de la Cruz el mando del Ejército de Norte de la Cruz, del que había sido designado brigadier general en agosto de 1816 en reemplazo del general Rondeau, tras la derrota de éste en Sipe-Sipe, en las proximidades de Cochabamba (29 de noviembre de 1815)¹. Pero a fines de 1819 Belgrano ya estaba muy

¹ Con esta derrota la provincia del Alto Perú se perdió definitivamente para las Provincias Unidas. Mientras tanto, desde España había partido una expedición de más de 10.000 hombres para el Río de la Plata, aunque su destino final fue el mar Caribe con el objetivo de recuperar Cartagena de Indias. El Alto Perú se mantuvo incorporado al virreinato peruano, hasta que en 1825 entró en acción Bolívar, creando poco después el general bolivariano Antonio José de Sucre la República de Bolivia, tras la derrota definitiva de los españoles en Ayacucho.

enfermo, y pensando que un cambio de clima mejoraría su salud, se dirigió a su querida Tucumán con una escolta de 25 hombres a la mañana de ese mismo 11.

Allí, sin embargo, lo esperaban amargos acontecimientos, empezando por el motín del capitán Abraham González que depuso al gobernador Botelho para poner en su lugar a Bernabé Aráoz y proclamar la «República de Tucumán» (11.11.19). González arrestó a Botelho, al coronel Arévalo, que guarnecía la plaza, y a Belgrano. En cuanto a este último, inmovilizado en cama, intentó ponerle grilletes, bárbara actitud a la que se opuso el médico del prócer, Joseph Redhead², ya que sus pies inflamados harían contacto con sus ropas, torturándolo. Pero el Congreso, al tanto de lo sucedido, exhortó a Aráoz a que se dispensasen a Belgrano «las consideraciones debidas a su carácter de General en Jefe del Ejército y Capitán General de aquellas provincias», por lo que aquél le devolvió la libertad el 2 de enero de 1820.

No obstante, sólo a esto se redujo la buena voluntad de Aráoz, ya que cuando Belgrano le pidió dos mil pesos fuertes para los gastos del viaje a la capital (apenas una parte de lo que el gobierno le debía por los servicios prestados y los sueldos devengados), el gobernador le respondió que «el tesoro provincial se halla exhausto por haber invertido todos sus recursos en gastos de guerra» (*sic*). «Nadie recordó, como hubiera sido de rigor, aquella donación de cuarenta mil pesos que Belgrano había hecho para fundar escuelas en Tucumán y otros pueblos del Norte. Aquello ya había pasado y quedado en el olvido...»³

Entonces le dijo también a Balbín: «Ya no podré ir a morir a Buenos Aires; no tengo recurso alguno para moverme. He escrito al gobernador pidiéndole algún dinero y caballos para mi carruaje y me lo ha negado todo». Naturalmente, Balbín reaccionó como el hombre de bien y el amigo que era: le dio dos mil pesos plata, que Belgrano aceptó como préstamo que le devolvería cuando el gobierno nacional le pagara algo de lo mucho que le debía.

Federales contra unitarios

Simultáneamente le llegaban noticias de las luchas que estaban empezando a ensangrentar al país: los federales del litoral por un lado, los unitarios de Buenos Aires por otro. Cuando partía de Tucumán, el caudillo entrerriano Pancho Ramírez⁴ derrotaba el 1º de febrero al director Rondeau en la batalla de Cepeda, provincia de Buenos Aires, y estaba listo para marchar sobre la capital. Las consecuencias inmediatas de esta batalla fueron la disolución del Poder Ejecutivo Nacional y del Congreso de Tucumán, el mismo que había proclamado la independencia en 1816.

Belgrano abandonó Tucumán por esos días. Lo acompañaban Redhead, Balbín, su capellán, el padre Villegas, y sus dos ayudantes de campo, los sargentos mayores Gerónimo Helguera y Emilio Salvagni.

Como dice Octavio Giménez, «tuvo que irse de la ciudad de sus victorias y alejarse del pueblo que más amaba, e iba a buscar refugio en la casa paterna donde naciera cincuenta años atrás. Retornaba enfermo, pobre y desencantado al ver como caía por tierra todo cuanto constituyera la esencia y motivación de su vida [...] Nadie sabía en Tucumán que se iba el general que algunos años antes había evitado la caída de la provincia en manos de los ejércitos españoles».

² Médico y naturalista inglés (1767-1847), llegó a Buenos Aires en 1803. En 1812 viajó a Tucumán, donde se convirtió en médico de Belgrano, acompañándolo en Salta, Vilcapugio y Ayohuma. Lo asistió en su lecho de muerte. Después regresó a Salta para actuar como médico de Güemes.

³ Giménez, Ovidio, *Vida, época y obra de Manuel Belgrano*, Academia Argentina de la Historia-Ciudad Argentina, Madrid, 1999.

⁴ Francisco Ramírez nació en Arroyo de la China, hoy Concepción del Uruguay en 1786 y murió en Río Seco, Córdoba, en 1821. Fue gobernador de Entre Ríos durante la guerra que enfrentó a las provincias argentinas contra Buenos Aires. Su muerte se produjo en la batalla que sostuvo en aquella localidad cordobesa contra su otrora aliado, el caudillo santafesino López. Ocurrió cuando quiso defender a su amante Delfina, una hermosa brasileña a la que había conocido en Paysandú cuando era lugarteniente de Artigas. Delfina había sido atrapada por una partida santafesina. La cabeza cortada de Ramírez fue conservada durante mucho tiempo por López. Ella, finalmente, se salvó.

Ya entonces tenía dificultades para respirar, y esto le impedía conciliar el sueño. Por otra parte, sentía las piernas cada vez más hinchadas, lo que muchas veces no le permitía moverse. El resultado era que en todas las postas que hacían, estos denodados compañeros de viaje debían bajarlo a pulso, tras lo cual lo tendían en la cama.

Giménez recoge un testimonio más de todos los agravios que en esta última etapa de su vida recibió el general. Llegados de noche a Córdoba, al pedirle el general a Helguera que llamase al maestro de postas para hacerle algunas recomendaciones para el día siguiente, el hombre contestó: «Dígale usted al general Belgrano que si quiere hablar conmigo venga a mi cuarto, que hay igual distancia». Por supuesto, Helguera silenció este hecho humillante, e inventó para el enfermo una mentira piadosa: el maestro de postas no podía cumplir su pedido por hallarse indispuesto. «Aquel bruto que sólo entendía de cuadras, estiércol y caballos, que hubiera temblado de verlo al frente tan sólo de un piquete, se permitía dirigirse así, refiriéndose al más grande de los argentinos, y aun para ello prevalecido de su disminuido estado físico».

También en Córdoba pidió ayuda económica. Era gobernador entonces el caudillo Juan Bautista Bustos⁵, quien, hallándose ausente en ese momento, tenía como sustituto a José Díaz. Éste, repitiendo la cínica actitud de Aráoz en Tucumán, respondió que el tesoro público «no tiene dinero para esas cosas ni para otras». En cambio, un comerciante al que Belgrano no conocía, Carlos del Signo, le hizo llegar 418 pesos, que era todo el dinero del que disponía en ese momento, «por lo cual no quiso aceptar recibo».

Así, el 20 de marzo pudo continuar su viaje a Buenos Aires. Como recuerda el historiador citado, «en 1812 salió de Rosario en camilla, acosado por dolores físicos, para ir a hacerse cargo del Ejército del Alto Perú. Ahora, ocho años después, regresaba en igual forma a Buenos Aires, pero en esta ocasión rodeado de la indiferencia y con profundos dolores espirituales, amén de los físicos que siempre soportó con inigualable estoicismo».

Sin embargo, nada de todo esto impedía que se preocupara por lo que estaba pasando en el país. Sobre todo le inquietaban Ramírez, «que al intimar rendición amenazaba con pasar a degüello al resto de las tropas [porteñas] que lograran sustraerse a la muerte», y Bustos, «que aspiraba a extender su influencia al resto de la región mediterránea», más allá de Córdoba.

En especial, le resultaba difícil entender a Bustos, ya que, como antiguo subordinado suyo, se había mostrado siempre como un oficial disciplinado y valeroso.

Por fin abandonó Córdoba y entró en Santa Fe. Allí recibió las primeras noticias exactas sobre la batalla de Cepeda. No sólo Ramírez, sino también el santafesino López⁶, ambos lugartenientes de Artigas⁷, el caudillo de la Banda Oriental, apoyados por el chileno

⁵ Bustos, nacido en la provincia de Córdoba, vivió entre 1779 y 1830. Fue coronel mayor del Ejército de Belgrano, y uno de sus oficiales de confianza, aunque no llegó a participar de las campañas al Alto Perú. A pesar de su origen provinciano, se mantuvo siempre fiel al gobierno de Buenos Aires en su lucha contra los federales. No obstante, Bustos era federal, y como tal terminó siendo derrotado, junto a su aliado Facundo Quiroga, por el general unitario José María Paz en la batalla de La Tablada, Córdoba, en junio de 1829. Diez años antes había jugado un papel esencial en el conflicto que enfrentó a la capital contra las provincias. Se trata del llamado «motín de Arequito» (por la posta de Arequito, en la provincia de Santa Fe). La última orden militar de Belgrano fue, a su pesar, avanzar contra López, obedeciendo órdenes de Buenos Aires (San Martín se negó a verse envuelto en las guerras civiles del país, y organizó el Ejército de los Andes). Para eso el general envió al Ejército del Norte, ya al mando, en su lugar, del coronel mayor Francisco Fernández de la Cruz, secundado por Bustos. Pero el 9 de enero de 1820 una parte sustancial del ejército se sublevó en Arequito, negándose a participar en la guerra civil. Los sublevados destituyeron a Fernández de la Cruz, y se declararon neutrales en este enfrentamiento. Bustos fue uno de los líderes junto a su comprovinciano José María Paz, el coronel tucumano Alejandro Heredia y el teniente coronel Felipe Ibarra. En una carta posterior, diría Bustos que «las armas de la Patria, distraídas del todo de su objeto principal, ya no se empleaban sino en derramar sangre de sus conciudadanos, de los mismos cuyo sudor y trabajo les aseguraba la subsistencia».

⁶ El brigadier general Estanislao López nació en Santa Fe en 1786 y murió en la misma provincia en 1838. Gobernó Santa Fe entre 1818 y 1838.

⁷ José Gervasio de Artigas nació en Montevideo en 1764 y murió exiliado en Asunción del Paraguay en 1850. Máximo prócer uruguayo, recibió los títulos de Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Fue uno de los más importantes estadistas de la Revolución en el Río de la Plata, por lo que es honrado también en la Argentina por su contribución a la independencia y a la federalización del país. Después de la batalla de Cepeda,

José Miguel Carrera⁸, habían vencido a Rondeau provocando la disolución del Directorio y el receso del Congreso Nacional, que delegó su autoridad en el presidente del Cabildo. Dada la brevedad del enfrentamiento, Cepeda se conocería como la «Batalla de los Diez Minutos». Con ella empezaría la Anarquía del Año XX y el territorio nacional quedaría dividido en trece provincias autónomas. La exigencia de los caudillos era unánime: un régimen federal de gobierno.

Llegada a Buenos Aires

Después de Santa Fe, Belgrano llegó a Buenos Aires. Era el 1º de abril. Hacía cuatro años que no pisaba la capital. Se instaló en la misma casa que lo había visto nacer cincuenta años atrás, el 430 de la calle que hoy lleva su nombre y que entonces se llamaba Regidor Antonio Pirán. Pero unos días después sus amigos lo llevaron a lo de su hermana Juana, en San Isidro, donde permanecería algún tiempo. Allí imperaba un clima más propicio y una mayor tranquilidad. Sin embargo, pronto su enfermedad empeoraría, y tuvo que ser trasladado de nuevo a la casa paterna.

Los tormentos se multiplicaban: tenía que permanecer todo el tiempo sentado en un sillón y las noches insomne, ya que, si se acostaba, apenas podía respirar.

En ese estado, rumiaba sus pensamientos y escribía sobre las afrentas recibidas. En una carta del 13 de abril le contaba al nuevo gobernador de Buenos Aires, Manuel Sarratea⁹, la actitud de los gobernadores de Tucumán y Córdoba. Decía también que, en notable contraste, los particulares de esas dos ciudades le habían prestado más de seis mil pesos, y que ahora necesitaba otros dos mil. Una y otra vez encontramos en estos últimos días del prócer los trágicos ecos de una voz clamando en el desierto, la de un hombre que lo había dado todo por la patria y al que la patria todo le negaba, haciendo escarnio de su extraordinaria trayectoria.

Una semana después volvía a escribirle a Sarratea. En esta ocasión lo que le pedía era que se le entregaran 250 quintales de azogue, la parte que le correspondía de los azogues tomados en el Perú (el azogue es un metal blanco y brillante, parecido a la plata). Con ellos, decía, podré «socorrer mis extremas necesidades, que no admiten espera».

Un mes más tarde, ya había otro gobernador, Ildefonso Ramos Mejía¹⁰, antiguo colaborador y amigo de Belgrano. El nuevo gobernante le hizo entregar por medio de su edecán trescientos pesos, al tiempo que se disculpaba por no poder hacer más, dada la situación del erario y reconociéndole sus «virtudes y servicios». Al menos Buenos Aires, con todas sus limitaciones, se comportaba de una manera mucho más digna que el interior.

Finalmente, y tras ser puesta su situación en conocimiento de la Junta de Representantes, ésta, no obstante reconocer los valiosos servicios prestados por Belgrano, rechazó el pedido de azogue. En cambio, el 7 de junio ordenó la entrega a su hermano, el canónigo Domingo Estanislao Belgrano, de mil quinientos pesos en carácter de sueldos devengados. Sin embargo, se le debían más de trece mil.

«Belgrano se encontraba así tan enfermo como el país lo estaba y ambos con un presente trágico y un futuro incierto», señala Giménez. Pero el futuro del prócer, por desgracia, no lo era en absoluto. Tanto él como su entorno inmediato sabían lo que le

entró en conflicto con Ramírez, y éste lo venció en la batalla de Las Tunas, cerca de Paraná. Entonces cruzó el río y se refugió en Paraguay, bajo el amparo del dictador Francia. Vivió allí cultivando la tierra, hasta su muerte.

⁸ El chileno José Miguel Carrera nació en Santiago en 1785 y murió fusilado en Mendoza en septiembre de 1821. Es uno de los Padres de la Patria de Chile. Fue jefe de gobierno y primer general en jefe del Ejército. Se lo considera como el primer caudillo en la historia republicana de este país y uno de los primeros de América.

⁹ Después de Cepeda, Sarratea se unió al ejército federal de López y Ramírez. Éstos lo enviaron como representante suyos ante el cabildo de Buenos Aires, al que hicieron nombrarlo gobernador. De inmediato firmó con los jefes federales el Tratado del Pilar, por el que la provincia se reconocía como igual a las demás Provincias Unidas.

¹⁰ Ramos Mejía nació en Buenos Aires en 1769 y murió en la misma ciudad en 1864. Fue héroe de la Reconquista y la Defensa durante las Invasiones Inglesas, de la Revolución y la Independencia, legislador y presidente de la Sala de Representantes. Sustituyó a Sarratea el 6 de junio de 1820, ante la renuncia de éste. Su mandato fue breve: dimitió dos semanas después, el 20 de junio, el mismo día de la muerte de Belgrano. Ocupó importantes cargos militares durante el Directorio, sirviendo a generales como el propio Belgrano y San Martín.

esperaba. «Confinado en su lecho de enfermo, a veces algo más dispuesto, pero por lo general callado y taciturno, su vida se iba apagando como la llama de una vela, quizá lenta pero inexorablemente».

Mientras todos en Buenos Aires parecían haberse olvidado de él, él no se olvidaba en cambio de su ciudad y estaba al tanto, a pesar de todo, de sus luchas internas, equivalentes a las que mantenía con el interior. Y no podía comprender «cómo ocurrían tales cosas entre hombres como Sarratea, Alvear, Soler, Rondeau [todos ellos protagonistas, de una manera u otra, de las luchas por el poder en Buenos Aires] y otros patriotas que habían sido jefes de gobierno y comandado ejércitos».

Cuando parecía inminente un ataque de los federales contra la ciudad, recibió la visita de su querido Balbín. Echado sobre una poltrona, en estado calamitoso, le dijo, según cuenta Ricardo Rojas¹¹: «"Es cruel mi situación pues me impide montar a caballo para tomar parte en la defensa de Buenos Aires contra López el de Santa Fe, que se prepara a invadir esta ciudad..." Tras un silencio, agregó: "Amigo Balbín, me hallo muy malo, duraré pocos días, espero la muerte sin temor, pero llevo un gran sentimiento al sepulcro". Como Balbín le preguntara: "¿Cuál es, general?", Belgrano le contestó: "Muero tan pobre que no tengo cómo pagarle el dinero que Ud. me tiene prestado, pero no lo perderá Ud. El gobierno me debe algunos miles de pesos de mis sueldos; luego que el país se tranquilice lo pagarán a mi albacea, el que queda encargado de satisfacer a Ud. con el primer dinero que reciba"».

También con el doctor Redhead intentó saldar de alguna manera su deuda. Una tarde en que recibió la visita del médico le pidió a su hermana Juana que le alcanzara su reloj de bolsillo, de oro, que le había obsequiado Jorge III durante su misión diplomática en Inglaterra en 1815. Se lo entregó diciéndole: «No tengo otra cosa con que retribuirle sus bondades». También le regaló su coche, con el que Redhead volvió a Tucumán. Después de su muerte, cobró más de tres mil pesos, incluyendo muebles y alhajas.

Otra fue la actitud del médico irlandés Juan Sullivan, quien empezó a atender a Belgrano en abril de 1820 y que, después de su muerte, y sin que nadie se lo solicitara, le practicó la autopsia en el convento de Santo Domingo. Este médico inició un juicio por cobro de haberes contra la testamentaria del general. Sin embargo, en los últimos días del prócer, Sullivan, que además interpretaba el clave, y sabiendo que al enfermo le gustaba la música, solía tocar para él el instrumento con el fin de distraerlo. En una carta que se agregó al expediente del juicio, Domingo Estanislao decía que muchos otros médicos habían visitado a su hermano sin reclamar nada a cambio.

Unos días poco antes de la muerte del general, pasó a visitarlo el general Gregorio Aráoz de La Madrid¹², valiente y eficaz compañero en Tucumán, Salta y Vilcapugio. Belgrano, que poseía los apuntes de las campañas que La Madrid había escrito en Fraile Muerto, actual Uruguay, en 1818 por orden suya, se los alcanzó y le dijo: «Estos apuntes los hizo usted muy a la ligera, es menester que los recorra y detalle más prolijamente y me los traiga». La Madrid los guardó y recomprometió a hacerlo... como si todavía hubiera tiempo para ello.

El testamento

El 25 de mayo de 1820, menos de un mes antes de su muerte, «Belgrano —escribe Giménez— debió haberse sentido muy grave, pues solicitó la presencia en su domicilio del escribano Narciso de Iranzuaga, el más acreditado de los siete notarios con registro con

¹¹ En su folleto *Belgrano*, que reproduce una conferencia impartida en la Universidad de Buenos Aires el 20 de junio de 1920, centenario de su muerte.

¹² La Madrid nació en Tucumán en 1795 y murió en Buenos Aires en 1857. Aparte de guerrero de la independencia, participó de las guerras civiles como uno de los líderes del partido unitario. Fue gobernador de Tucumán y, por un tiempo, de Mendoza y Córdoba. En su *Facundo*, Sarmiento lo llama «el más valiente de los valientes». Sus tropas le cantaban coplas como ésta: «Cielito cielo que sí / cielo de la última lid / vos nos mostraste glorioso / al valiente La Madrid»

que entonces contaba la ciudad. Ante su presencia, Belgrano manifestó la intención de redactar su última voluntad».

Lo primero que ordenó fue que se amortajase su cuerpo con el hábito del patriarca Santo Domingo y que fuese sepultado en el panteón¹³ que su familia tenía en dicho convento. Igual que su padre y su madre, el prócer estaba estrechamente ligado a la orden, y sus convicciones religiosas, como lo demostró a lo largo de toda su vida, estaban profundamente enraizadas en él, y ello al punto de que atribuía siempre sus victorias a la acción divina. Por ello no es de extrañar que en sus últimos momentos fuese asistido por los padres dominicos.

En dos cláusulas de su testamento, Belgrano declaró ser soltero y no tener ascendientes ni descendientes, cosa esta última que no era cierta. Designó a su hermano, el canónigo Domingo Estanislao, su albacea y único heredero. También le donó su cuadro y lo nombró patrono de las escuelas que había fundado.

«Mitre —dice Giménez— señala que esta imposición fue realizada con el encargo secreto de que, pagadas todas sus deudas, el remanente de sus bienes se aplicase a favor de una hija natural llamada Manuela Mónica, que había dejado en Tucumán [...], recomendándole encarecidamente que hiciera con ella las veces de padre y cuidara de darle la más esmerada educación.»

Y que el general tuvo descendientes no sólo es verdad en el caso de Manuela Mónica, sino también en el de otro hijo varón, llamado Pedro.

La historia, en síntesis, es la siguiente. En primer lugar, en 1812, al llegar Belgrano con su ejército a Tucumán, conoció a una joven de 15 años llamada María de los Dolores Helguero y Liendo, hija de una distinguida familia de la provincia, de la que el general, de 42, quedó perdidamente enamorado y de la que habría tenido en seguida a Manuela Mónica. Pero a los pocos meses Belgrano tuvo que partir, obligado por las exigencias de la guerra, y poco después descubrió a otra mujer, María Josefa Ezcurra, cuñada de Juan Manuel de Rosas, que había sido abandonada por su primo español Juan Esteban Ezcurra, al enterarse éste de que su esposa estaba embarazada (de Belgrano). Así, en 1813 nació Pedro Pablo Rosas Belgrano, a quien el general se propuso criarlo como propio. Sin embargo, sus campañas militares primero, y su precaria salud después, le impidieron cumplir este propósito, y en la práctica el padre adoptivo resultó ser don Juan Manuel y su madre adoptiva doña Encarnación Ezcurra. En su testamento de 1868, Pedro Pablo declaró ser «hijo natural del General Belgrano, sin que sepa el nombre de mi madre, que no conocí».

Por otra parte, más tarde Belgrano regresó a Tucumán. El general quiso casarse con María de los Dolores, pero sus padres se opusieron y la obligaron a hacerlo con un catamarqueño apellidado Rivas, por lo que Belgrano abandonó la provincia. Tenía la intención de volver algún día para reencontrarse con su amor y su hija, pero el destino se lo impidió, ya que al año siguiente murió. Abandonada pronto por Rivas y acosada por las murmuraciones de la sociedad provinciana, María de los Dolores huyó a Catamarca. La niña fue traída a Buenos Aires en 1825, cinco años después de la muerte del prócer, donde fue criada por doña Juana, su hermana, y tuvo una brillante educación que tuteló Domingo Estanislao.

Según testimonios de la época, Manuela Mónica se parecía notablemente a su padre. Al cumplir los 25 años fue cortejada por su comprovinciano Juan Bautista Alberdi, pero lo rechazó para casarse con un pariente lejano, Manuel Vega y Belgrano, empresario radicado en Azul, con quien tuvo tres hijos.

Al morir, el general le dejó una cuadra de terreno, con habitaciones, en Tucumán, aparte de disposiciones que aseguraban su protección en el futuro. La educación que recibió confirma que se cumplió absolutamente la voluntad testamentaria.

Respecto a la fecha de nacimiento de Manuela Mónica, las distintas versiones difieren grandemente. Unas afirman que ocurrió en 1813 y otras en 1819, algo propio del

¹³ En 1795, la madre de Belgrano, Josefa González Casero, había obtenido autorización para sepultar en el convento a su esposo y a sí misma. Más tarde, en 1822, Rivadavia impulsó la secularización de los cementerios.

velo que el propio prócer tendió sobre su vida amorosa. Distinto parecería ser el caso de Pedro Pablo, debido a los datos precisos que aportaría su testamento¹⁴.

En cuanto a María Josefa, nacida en Buenos Aires en 1785 y fallecida en la misma ciudad en 1856, comenzó su relación amorosa con Belgrano en 1802, años después de que éste regresara de España, acompañándolo en varias de sus campañas y haciendo caso omiso de las convenciones sociales de la época. Su último encuentro fue en Salta, en marzo de 1812, cuando hacía poco que el general se había hecho cargo del Ejército del Norte.

Esta mujer fue inseparable compañera de Manuelita, la hija de Rosas, y una intrigante al servicio de la política de su cuñado. Vivió mucho tiempo en una casa de la actual calle Alsina (número 455), que hoy pertenece al Museo de la Ciudad de Buenos Aires.

Giménez cita las palabras del sacerdote Francisco Carrasco, quien el 27 de abril de 1924 publicó en *La Nación* un artículo titulado «Una vida ignorada. Manuelita Belgrano». En él decía: «Los franceses honran la vida de su héroe Napoleón que hacía tiempo para escribir billetes amorosos», y señala: «¿Por qué no nosotros?».

La muerte

Pero en el momento de morir Belgrano, nadie en Buenos Aires conocía sus secretos, salvo sus dos hermanos, y nadie tampoco, salvo ellos mismos y los pocos íntimos que lo rodeaban, se dio por enterado del fatal desenlace. Esto, injustificable a todas luces, al tratarse de una de las máximas figuras de nuestra historia, se puede explicar no obstante por coincidir ese 20 de junio con el episodio bautizado por Mitre como «el día de los tres gobernadores», en que Ramos Mejía, el Cabildo y el general Miguel Estanislao Soler¹⁵ ostentaron simultáneamente el poder en la capital (sin embargo, muchos historiadores afirman que tal denominación es incorrecta puesto que ninguno de los nombrados fue reconocido por la legislatura). «La ciudad —dice Giménez— estaba inquieta y las gentes preocupadas al no saber cómo terminarían aquellos episodios y cuál sería la perspectiva para ellos. Los hombres de Buenos Aires de niveles ya superiores o populares estaban demasiado egoístamente preocupados por sus personales existencias como para ir a rendir el postrer homenaje al hombre que tanto había hecho por la patria [...]. Y fue así como moría quien había dicho “no hay objeto más digno de la atención del hombre que la felicidad de sus semejantes”».

Al serle practicada la autopsia, el doctor Redhead vio que su corazón era de un tamaño inconcebible, como resultado de las enfermedades que sufrió. «Su cuerpo fue embalsamado, quizás a la espera de que el Cabildo resolviera algo respecto de sus exequias, cosa que, por los inconvenientes señalados, no se hizo al momento de su muerte».

Con la indiferencia de la capital, sólo un periódico dio la noticia «y sus funerales tuvieron lugar ocho días después, a la espera de que el Cabildo [...] le diera las honras que se había propuesto ofrecerle. Durante su sepelio no hubo ni formación de tropas, ni discursos, ni gentes; sólo el silencio como homenaje. ¿Podía suponerse un pueblo tan desagradecido y un gobierno tan indiferente? [...] El 28 de junio, cuando ocho días después se realizaban sus funerales, el ejército de Buenos Aires era despedazado por el de los caudillos federales en Cañada de la Cruz¹⁶».

¹⁴ Sobre la vida del hijo varón de Belgrano, véase Capdevila, Darío Rafael, *Pedro Rosas y Belgrano, el hijo del General*, Ed. Peuser, Tapalqué, 1973.

¹⁵ Cuando llegó la noticia de la derrota directoral en Cepeda, Soler (1783-1849) exigió que el Cabildo de Buenos Aires asumiera el mando de la provincia, lo que trajo la caída del Directorio, la expulsión del mando de Rondeau, la autonomía de Buenos Aires y también la de casi todas las provincias, y la anarquía general.

¹⁶ En esta batalla, librada en la provincia de Buenos Aires, las tropas de López vencieron a las de Soler. La desencadenó el incumplimiento por parte de la capital de varias de las cláusulas que había firmado en el Tratado del Pilar, entre ellas la entrega de ayuda y de armas a Ramírez y López. Los porteños, dirigidos por Dorrego, reaccionaron prontamente y enfrentaron a López en el Gamonal, pero sufrieron una sangrienta derrota.

Pero volvamos a la hora fatal¹⁷.

«Se le presentó por fin la muerte —refiere su contemporáneo y admirador, Manuel Antonio de Castro— y su gran corazón ni se abatió ni se exasperó. Sus serenas reflexiones eran la admiración de los circunstantes. El hombre grande y moribundo —agrega— tiene un no sé qué de imponente y de augusto. Parece que a proporción que se desprende de la tierra, toma algo de Dios, al que va a unirse».

«A veces parecía desear instantes de soledad. En uno de ellos, en que los suyos le hallaron como en honda meditación, pálido y los ojos casi extintos, notaron al mismo tiempo en él una tierna inquietud. Sus ojos vieron de nuevo; y pareció reanimarse fugazmente.

«Pensaba —les dijo, con la voz apagada y la suprema lividez de la muerte— en la eternidad adonde voy, y en la tierra querida que dejo. Espero que los buenos ciudadanos trabajarán por remediar sus desgracias.

Fueron sus últimas palabras. El 20 de junio, a las siete de la mañana, entregó a Dios su espíritu. Murió como había vivido: serenamente y sin alardes; confortado por el testimonio de la propia conciencia, según la divina palabra del apóstol San Pablo, y fortalecido por el alivio supremo de su fe cristiana.

«Moría joven aun, porque su alma, como dijo el poeta griego Menandro, era grata para el cielo; y porque el calor inextinguible de su actividad, y la ruda fatiga de su existencia, y su constante afán y su noble solicitud por el bien y la prosperidad de su patria, habían consumido en pocos años sus fuerzas vitales; pero dejaba, en cambio, en la memoria de sus conciudadanos, como herencia de valor inestimable, el recuerdo y el alto ejemplo de sus virtudes patricias».

La reparación histórica

Tuvieron que pasar un año y 39 días desde el fallecimiento de Belgrano para que el Cabildo se dispusiera a honrarlo, realizando los funerales correspondientes a un Capitán General en campaña. Fue el 29 de julio de 1821. La legislatura de Buenos Aires se unió. Tarde, muy tarde, pero al fin se reparaba la inmensa injusticia.

Era la madrugada de ese día cuando en el Fuerte sonó un primer cañonazo. Se suspendieron las diversiones públicas, el comercio cerró y la gente permaneció en el interior de sus casas. A las 10 de la mañana el ejército creado por él formó en la Plaza Mayor. Ondeaban banderas enlutadas y multitud de cruces eran portadas por religiosos y laicos. El pueblo, por fin, se echó a la calle.

La ceremonia se llevó a cabo en la Catedral, donde, aparte de las autoridades de la ciudad, se habían dado cita representantes de Chile, Estados Unidos y Portugal.

La Gaceta del 21 de agosto pediría después a la «ilustre sombra de Belgrano» que perdonase a sus compatriotas. «Cuando te despediste para siempre de tu pueblo —decía en su larga crónica—, era justamente cuando tenía más necesidad de tu presencia, de tu ejemplo y de tus virtudes; porque al tiempo de perderte, había perdido también su libertad, su sosiego, sus leyes, sus magistrados, y estaba a riesgo de perderlo todo.»

En efecto, como recuerda Giménez, entonces «los federales estaban por superar la resistencia de Buenos Aires, pero no lo hicieron más por temor a la resistencia civil que a las fuerzas armadas defensoras, prácticamente superadas desde el punto de vista militar. Y levantaron el sitio y se alejaron, no sin antes cometer todo género de atropellos y depredaciones como si aquéllos no fueran sus compatriotas. Algunos acontecimientos habían aportado un ligero alivio. Se había producido la ruptura entre Artigas y Ramírez, que los llevó a dirimir supremacías por las armas con resultado favorable al segundo. Buenos Aires tenía entonces como amenazas sólo a Estanislao López y al chileno Carreras, que devastaba poblaciones del interior bonaerense. A medida que el tiempo pasaba el centro neurálgico de la guerra se desplazaba hacia la frontera santafesina [...]. Otros

¹⁷ A partir de aquí, reproducimos una de las últimas líneas del ensayo de Luis Roque Gondra, *Manuel Belgrano, una vida ejemplar*, Buenos Aires, Peuser, 1938.

hechos se produjeron. Artigas fue desterrado al Paraguay, murieron Ramírez y López, y aunque ello no paralizara la guerra ya extendida, se logró aunque temporalmente la paz interior, y fue entonces cuando el pueblo —aquel por el cual Belgrano tanto bregó— tomó conciencia de su culpabilidad en el olvido del gran argentino y sintió su vergüenza y la necesidad de reparar tan censurable falta».

Al entrar el cuerpo de Belgrano en la Catedral, la artillería, montada con cuatro piezas, disparó otros tantos tiros, y 15 al dársele sepultura.

El sacerdote, político y futuro rector de la Universidad de Buenos Aires, Valentín Gómez, pronunció desde el púlpito la oración fúnebre. Fue elocuente, aunque, como en septiembre de 1860 Balbín le escribiera a Mitre, breve «a los fines de no herir u ofender a los españoles a quienes trataba de atraer».

Cayetano Rodríguez, a la par que clérigo, poeta y miembro del Congreso de Tucumán de 1816, «con más unción y más penetrado del carácter cívico del prócer, completó aquel elogio...» Y poetas como Vicente López, Lafinur o Luca recitaron composiciones en su memoria.

Según Mitre, como en los antiguos funerales de Grecia y Roma, se reunieron todos los compañeros del muerto durante la revolución en torno de la mesa de un banquete fúnebre.

Días más tarde, el 7 de agosto, Rivadavia dictó un decreto por el que se aprobaba la propuesta de una comisión especial en el sentido de que se rebautizara con el nombre del prócer la calle de la casa donde naciera y muriera (como ya hemos dicho, la avenida Belgrano actual, en su número 430).

También fue Rivadavia quien, durante el funeral, propuso que se organizara una suscripción popular para fundar una ciudad en la provincia que llevase el nombre de Belgrano, «para inmortalizar su memoria». Existe una controversia sobre si dicha ciudad es la actual General Belgrano, fundada en la época de Rosas, cerca de Chascomús, o el actual barrio de Belgrano, situado en el norte de la Capital Federal y que se creó hacia 1880. Como se hablaba de una ciudad «en la provincia», se creyó en la primera opción. Sin embargo, en el siglo XIX el hoy barrio era un pueblo de la provincia de Buenos Aires, de modo que es probable que sea éste el que surgió de la propuesta de Rivadavia.

Por último, entre los reconocimientos tardíos al vencedor de Tucumán y Salta, no podemos dejar de incluir el de Sarmiento, que figura en sus *Obras* (Ed. Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900): «Belgrano —dejó apuntado allí— apareció en la escena política sin ostentación, desaparece de ella sin que nadie le eche de menos, y muere olvidado, oscurecido y miserable [...] Pero llega la época en que la conciencia pública se despierta y vuelve sus ojos al pasado para honrar al patriotismo puro, la abnegación en la desgracia, la perseverancia en el propósito y la lealtad a los buenos principios... ».

La estatua y el mausoleo

Cincuenta y tres años después de su muerte, el 24 de septiembre de 1873, en el 61° aniversario de la batalla de Tucumán, se inauguró en la Plaza de Mayo la estatua ecuestre de Belgrano, obra de los escultores Carrier-Belleuse y Manuel de Santa Coloma, hijo este último del porteño del mismo nombre, primer cónsul general de la República enviado a Europa por Rivadavia.

Junto a Mitre, miembro de la comisión encargada de la erección de la estatua, y al gobernador de la provincia, Acosta, otra vez fue el turno de Sarmiento, entonces presidente de la Nación. Entre otras cosas, dijo en su extenso discurso, en el que llamó a Belgrano *Padre de la Patria*, que fue un «general sin las dotes del genio militar, hombre de Estado sin fisonomía acentuada [...] Sus virtudes fueron las resignación y la esperanza, la honradez del propósito y el trabajo desinteresado [...] No fue un producto ejemplar de su tiempo. No fue la consecuencia refulgente de un período de nuestra historia. Él fue historia. Trató de hacer mucho allí donde la ignorancia y la desidia no permitían hacer nada. Sufrió vejámenes, como todo hombre que se destaca sobre sus semejantes y supera

su época, pero supo ser grande hasta con la canalla que quería inmovilizarlo y destruirlo. A veces parecía un iluminado decidido. En otras cosas, un ingenuo consuetudinario. Pudo ser el amo del país. Prefirió ser apenas su servidor...».

Aparte de la estatua, un mausoleo construido en 1903 en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario y Convento de Santo Domingo, en el barrio de Monserrat, guarda los restos del prócer. La basílica data de mediados del siglo XVII y el mausoleo está ubicado en su atrio. También alberga los restos de sus padres y de los militares independentistas Antonio González Balcarce e Hilarión de la Quintana. En 1942 fue declarado Monumento Histórico Nacional.

«Alrededor de 1960 —señala Giménez— se inició una campaña para trasladar los restos de Belgrano de su actual ubicación en el Convento de Santo Domingo a Rosario, donde se yergue el hermoso Monumento a la Bandera. Por suerte la pretensión no prosperó, en razón fundamentalmente de lo que fue la voluntad testamentaria de Belgrano. Ya hemos visto los afectos que lo unían a la Orden, tanto a él como a sus padres. Religiosos de ella lo asistieron en sus últimos momentos, y su cadáver, de acuerdo con sus deseos, fue amortajado con el hábito dominico. «Modesto hasta la muerte —señala el padre González¹⁸— no quiso que sus restos fueran sepultados en el interior de la iglesia dominicana, donde estaban los de sus padres y de algunos de sus hermanos, sino junto a la puerta y de la parte de afuera», pese a tener derecho a aquello en razón de la disposición adoptada oportunamente por la orden dominicana» (Giménez).

Final

Concluiremos esta breve reseña histórica remitiéndonos otra vez a este autor que nos ha servido de guía con su monumental obra de casi 800 páginas. En la síntesis con la que cierra el trabajo, dice, entre otras cosas: «[Belgrano] fue rico y murió pobre. Fue culto y debió expresarse en tono acorde con su época. Fue bueno, pero no le faltaron energía y dureza cuando las circunstancias lo llevaron a ello. En lo castrense experimentó los halagos de las victorias o el desdén de las derrotas, como si él, que no era militar, estuviera siempre obligado a vencer [...]. Han pasado muchos años desde aquel 20 de junio en que en su hogar natal se extinguió su vida. Pasarán muchos más, se sucederán generaciones, pero cualquiera que sea el nivel cultural de cada argentino, o su poder económico, en algún rincón de su alma habrá siempre —sin duda alguna— un pequeño reducto, casi un altar, para venerar la augusta y refulgente figura de Manuel Belgrano».

¹⁸ González, Rubén G (O.P.): Instituto Belgraniano. Círculo Militar. Ed. Leonardo. Buenos Aires, 1963, p. 117.